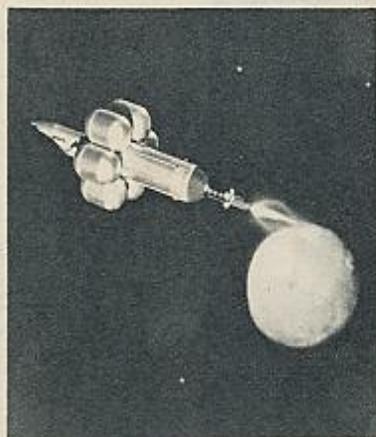


Desilusión en la NASA



Hace algunas semanas, cuando el director de la NASA, Thomas Paine, se dirigió personalmente a Cambridge para anunciar que el centro de investigaciones espaciales, acabado pocos meses antes, sería cerrado y vendidas sus instalaciones, algunos políticos sostuvieron que Richard Nixon se estaba vengando contra el Estado de Massachusetts, que había concedido, en noviembre, la mayoría a Hubert Humphrey. Pero cuando Paine ha anunciado la disminución del presupuesto de la NASA para el próximo año, la sospecha ha caído: se ha comprendido que la clausura del centro de Cambridge no era un capricho político. Richard Nixon ha decidido definitivamente que, durante su presidencia, los Estados Unidos no buscarán puntales para su prestigio en sensacionales aventuras espaciales. Aunque sea reelegido en 1972, cuando Nixon abandone la Casa Blanca

LOS PARADOS ESPACIALES

no habrá una base permanente americana sobre la Luna, ni una gigantesca plataforma espacial en órbita alrededor de la Tierra con cincuenta astronautas y científicos, y no habrá hombres viajando hacia Marte. Efectivamente, por muchos años, la NASA tendrá que luchar por su supervivencia.

Thomas Paine ha anunciado que el personal que trabaja para la NASA, ya reducido en cuatro años de 440.000 a 200.000 personas, será reducido a ciento cuarenta mil hacia junio de 1971. Los vuelos «Apolo» se han

reducido a sólo 17: terminada la serie de los lanzamientos previstos para el 70-72, habrá dos años de espera y sólo un lanzamiento en 1974. Pero las medidas que indican el escaso interés que tenía la Administración Nixon en la exploración del espacio son: las órdenes de suspender indefinidamente la construcción del «Saturno V», la renuncia a cualquier exploración sistemática de la Luna, el aplazamiento, de 1973 a 1975, del lanzamiento del «Viking», que habría debido entrar en la atmósfera de Marte y descender

suavemente, y la renuncia, al menos por varios años, de construir una base permanente en el espacio.

Un frenazo

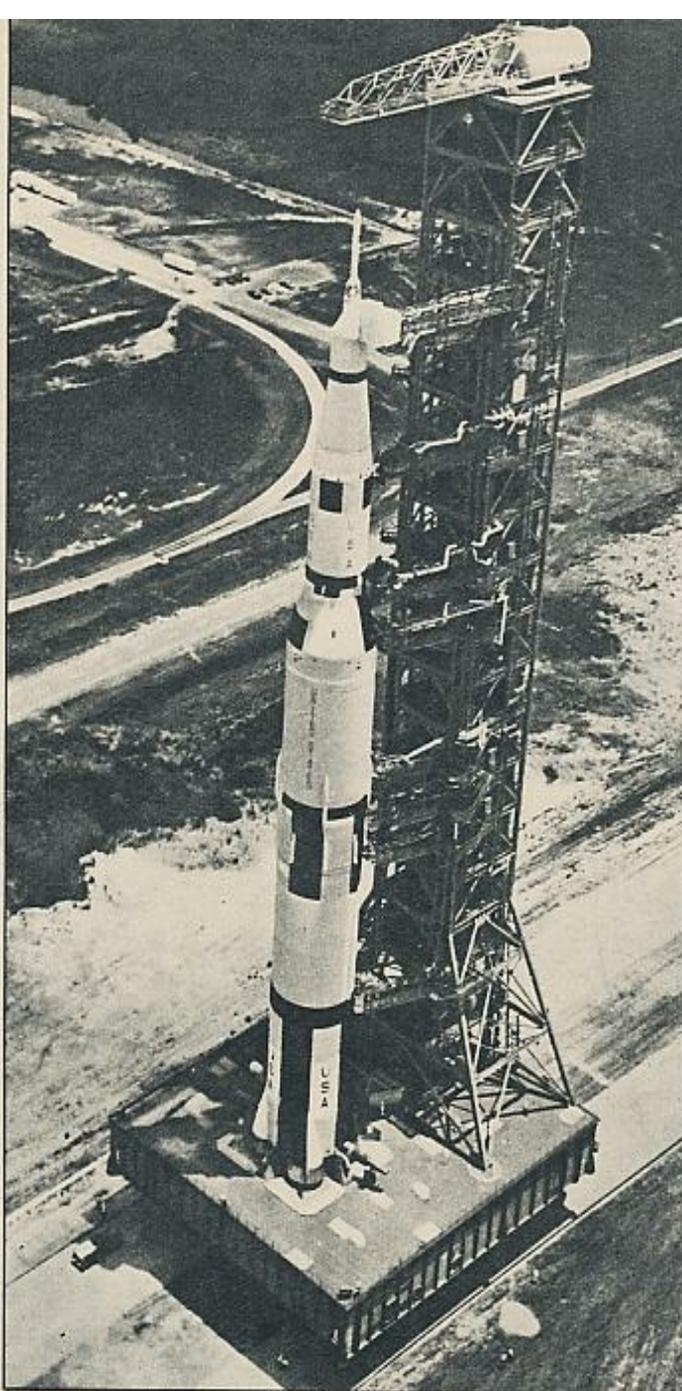
La gravedad de la disminución impuesta por las últimas decisiones de Nixon aparece clara cuando se confrontan estas economías con los programas, más elásticos, sugeridos al presidente por sus consejeros para el programa espacial. Tan pronto como se instaló en la Casa Blanca, el presidente nombró una comisión de estudio encargada de preparar programas espaciales para lo que queda de siglo. Formaban parte de la comisión, Thomas Paine; el secretario de Aviación, Robert C. Seamans, durante varios años viceadministrador de la NASA; el profesor Lee A. Dubridge, ex presidente del California Institute of Technology y consejero científico del presidente, y el vicepresidente,



Thomas Paine ha anunciado que el personal de la NASA será reducido más todavía: de 440.000 ha pasado a 200.000 y, para 1971, quedará en 140.000. Hasta las «vedettes» abandonan: Borman ha dejado su puesto para hacerse cargo de una compañía de computadores. Von Braun, con barba, tiene nuevo cargo: delegado para proyectos...

Spiro Agnew. Los cuatro partieron de la premisa de que ya es imposible ignorar las nuevas exigencias sociales de la nación, las incertidumbres de la situación militar y las críticas dirigidas a la NASA en el decenio durante el cual los programas espaciales disfrutaron de una posición privilegiada. En adelante, decidieron los consejeros, no habrá programas especiales de absoluta prioridad: los proyectos serán concebidos de tal forma que cada uno de ellos será lógica premisa del sucesivo, reduciendo así al máximo los costes y los despilfarros.

La meta última de los diferentes proyectos sería el envío a Marte de astronautas. «La conclusión sacada es que el vuelo y la exploración humana de Marte deben constituir el objetivo a largo plazo del programa espacial», decía el informe de los expertos. No obstante, para no imponer esquemas rígidos, no se fijaba la fecha del viaje, que debía durar sesiscientos días: según los recursos disponibles y el compromiso espacial que estuviese dispuesta a asumir la nación, la llegada a Marte podía tener lugar en 1981 o en un año próximo al 2000. Los diversos proyectos estaban presentados en el informe como si cada uno de ellos tuviese principio y fin en sí mismo. Los peldaños de la «escala» Tierra-Marte debían formarlos tantas bases espaciales permanentes colocadas en órbita, unas en torno a la Tierra, otras en torno a la Luna. Para subir por dicha escala hacía falta un autobús espacial, mientras que un «autotrán» debía encargarse del transporte del equipo más pesado, primero, desde la Tierra hasta las bases y, luego, de las bases a la Luna. Naturalmente, para decidir el sistema de vuelo a Marte había que tener en cuenta las experiencias de los astronautas y los científicos durante su permanencia en las bases fijas y en



Nixon tiene escaso interés en el espacio: el «Saturno V» ha dejado de ser el símbolo del poderío americano. Se aplaza el lanzamiento del «Viking».

la Luna, así como los descubrimientos científicos realizados en la exploración del planeta con medios mecánicos.

En este momento, pues, todo es incierto. Nadie se esperaba un frenazo tan enérgico, aun cuando todos (industriales, técnicos y científicos) estaban convencidos de que había que reducir los gastos: incluso antes de que en Cabo Kennedy empezasen a cerrar precipitadamente las rampas de lanzamiento y de que en Houston se extendiesen pesadas mantas sobre sectores enteros de los «centros de control».

Aunque Thomas Paine y el presidente Nixon aseguren que el régimen de austeridad permitirá funcionar y continuar su misión a la NASA, muchos se preguntan si el programa espacial tiene de verdad un futuro. De

los proyectos fundamentales que habrían podido ser los peldaños para la exploración de Marte, sólo quedan el autobús espacial y los proyectos de construcción de un motor atómico.

Nuevas tareas para los científicos

Pero se han suspendido los trabajos para la base que debía albergar a un centenar de personas, y el autobús no tendrá, pues, ningún «garaje» al que atracar antes de 1978 o, posiblemente, de 1980. Se han retrasado incluso los vuelos exploratorios a Marte, sin astronautas, y los que debían permitir la recogida de informaciones sobre los más distantes planetas del sistema solar.

Pero lo que más preocupa a los expertos espaciales es la de-

terminación de interrumpir la construcción de los «Saturno V». El abandono de este proyecto no sólo obligará a cerrar las fantásticas instalaciones (completadas hace sólo unos años) de Michoud, localidad cercana a Nueva Orleans, sino que privará también a Estados Unidos, por un período de por lo menos cuatro años, de la posibilidad de cualquier vuelo humano por el espacio. «Si, en septiembre, Rocketdyne, de la North American Rockwell, termina el último motor y cesa la producción de los «Saturno V», quiere decirse que entre mil novecientos setenta y cuatro y mil novecientos setenta y ocho no habrá posibilidad alguna de efectuar vuelos espaciales», decía recientemente un científico de Houston.

«Pero el «Saturno V» se había convertido ya en mucho más que el principal vehículo para vuelos humanos: era el corazón del programa espacial; sin él, muchos proyectos no podrán sobrevivir ni siquiera como eventualidad. En tal caso, el futuro se presenta bastante negro, porque, ¿cómo será posible conservar a los científicos y atraer a nuevos astronautas?».

En la atmósfera de desilusión que ha invadido a la NASA es difícil en estos días distinguir entre noticias verdaderas y rumores nacidos del pesimismo reinante. Según una noticia, cuya veracidad es imposible establecer, Nixon está tan decidido a sacrificar el programa espacial que más de una vez se ha hablado en la Casa Blanca de la posibilidad de confiar a la NASA nuevas tareas, como son la lucha contra la contaminación atmosférica. Es una idea bastante interesante, ya que el aparato de la NASA, y su método de trabajo, permitirían la plena utilización de los sistemas integrados de información y la coordinación metódica de tantos factores diversos. ■ MAURO CALAMANDREI.